

BIBLIA NON SACRA

Carlos Saura Garre



Biblia Non Sacra

Carlos Saura Garre

carlosaura06@terra.es

Cuando alguien afirma que le parece que la Biblia fue escrita por seres humanos —seres falibles que se equivocaron en esto y lo otro—, podrá contar con ser vilipendiado por un gran número de personas, esencialmente ignorantes de los hechos, y poca gente se interesará por sufrir tal acoso.

Isaac Asimov:

—He oído decir que usted no cree en la sacralidad de la Biblia.

—Cierto.

—Y que está dispuesto a probar que Dios no ha intervenido en su composición.

—En efecto.

—Pues usted es tonto de remate.

—¿Y eso?

—¿No ha caído en la cuenta de que esa prueba es innecesaria?

—¿Por qué?

—Porque es evidente que ese libro, cualquier libro, no puede provenir de la divinidad, y las cosas evidentes no necesitan ser probadas.

—¡Ah! Vaya. Y si es tan evidente, ¿cómo es que millones de personas no se dan cuenta? ¿O tal vez hay cosas que resultan evidentes para unos y no para otros? ¿Es eso posible?

—Por lo visto, sí.

—Entonces, no es superfluo probar que tal cosa no es cierta.

—De todas formas, es innecesario.

—Y dale.

—¿No se ha dado cuenta de que la afirmación "*la biblia es un libro inspirado por dios*" es totalmente gratuita?

—Ya. No hay forma de probarlo.

—Pues con eso basta. Por otra parte, ¿a usted qué demonios le importa? Deje que piensen lo que quieran. Usted no tiene otra cosa que hacer más sencilla que ignorarlos.

—De buena gana, amigo, de buena gana. Pero hay un problema. Los creyentes se han apoyado en esos libros para cometer los crímenes más deleznable contra la humanidad. Hoy mismo, y ya estamos en el año 2008, los gobiernos de Israel siguen machacando a los palestinos con la excusa de defender la tierra que Yahvé les regaló, según dice la dichosa Biblia.

—Pero eso lo dicen los fundamentalistas hebreos, hay otras cuestiones políticas...

—Sí, claro, la política, la economía, el miedo a ser atacados, pero todo eso viene desde que se instauró el Estado israelí, nada menos que en 1947, impulsado por los sionistas. Además, la Biblia nos arrastró a las guerras santas, las guerras de religión, la pena de muerte, las persecuciones a la religión y la cultura pagana, y de toda la América recién descubierta, y las matanzas ocasionadas por las Cruzadas, los crímenes de la Inquisición, las quemadas de brujas... No puedo olvidarme de toda esa mierda.

—Don Quijote de la Mancha *desfaciendo los entuertos del pasado*.

—Por otra parte, los creyentes dedican mucho tiempo de sus vidas a tratar de convencer a los demás: escriben en todos los medios posibles, van por las casas incordiando a la gente, tienen esta-

ciones radiofónicas, predicán en la televisión... ¿Por qué no puedo yo expresar mis convicciones con la misma libertad?

—Entonces, ¿está decidido?

—Escuche. Si ellos están tan empeñados en hacer prosélitos, y las leyes les protegen, yo también tengo derecho a decirles, por todos los medios a mi alcance, que están equivocados, que Dios nunca les ha dicho ni pío, que si quieren armar guerras y matar gente, que no se apoyen en las Escrituras sino en su propia maldad, que se han portado pero que muy mal a lo largo de toda la Historia.

—¿Y por qué no se limita usted a exigir a los creyentes que demuestren que Dios inspiró a los autores de esos libros? Como no lo pueden hacer, pues se acabó el problema.

—Es que, ¿sabe usted?, tengo pruebas que son la rehostia, y los voy a dejar en cueros.

—Es usted muy malo.

—Ya tendrá noticias mías, querido señor.

—¿Y cuándo será eso?

—Dentro de un mes, se lo prometo.

—Bien, pues arrivaderchi.

—Orvuá.

UN MES MÁS TARDE

—¿Y bien? ¿Terminó su trabajo?

—Finito, listo, ya.

—Parece muy satisfecho.

—He dejado a judíos y cristianos en pelotas.

—¿Y ha tardado todo un mes?

—Sí, pero en realidad no ha sido demasiado difícil.

—¿Y eso?

—Verá. Me he limitado al Antiguo Testamento. Y, ¡vualá!

—Pero, ¿y los cristianos?

—Escuche, compadre, como diría Fernando Vallejo: El Nuevo Testamento, exclusivo de los cristianos, tiene su fundamento en la Biblia hebrea. Si ésta no es sagrada, el otro tampoco.

—Ya. Cuando los fundamentos desaparecen, todo el edificio se viene abajo.

—Exactamente. No hay necesidad de meterse con los cristianos, pobrecillos, que cargaron con las pesadas escrituras judías porque no tenían más remedio.

—Bueno, ya va siendo hora de que me hable de esas pruebas, estoy ansioso de curiosidad.

—Tranquilo, no me atosigue.

—Tómese el tiempo que quiera, no tengo nada mejor que hacer.

—Es que antes tengo que decir un par de cosas.

—Usted verá. Usted es el autor.

—Cuando los creyentes afirman que las Escrituras son "sagradas" quieren decir que en esos libros está lo que llaman la Palabra de Dios, o sea, que él es el verdadero y más importante autor de cuando allí se dice. Y para sostener tamaña afirmación se ven obligados a inventar una palabreja: inspiración.

—Suen a respirar: inspiración, expiración.

—Pues sí, es eso. Como si Dios hubiera soplado a ciertas personas para que escribieran lo que a él le interesaba.

—¿Se sabe, pues, cuáles son los temas que le interesan a una divinidad?

—Por supuesto, señor ignorante, no hay más que leer la Biblia para estar informado. Lo que sucede, sin embargo, es algo complicado.

—Ya me lo temía.

—Lo que a Dios le interesa no es lo mismo para los hebreos que para los cristianos. Y puestos ya a redondear la cosa, ni para los musulmanes, que también dependen, al menos en parte, del Libro famoso.

—Pues mal empezamos.

—Vamos, compadre, ¿por qué cree usted que esas tres tribus se han llevado tan mal durante tanto tiempo?

—¿Y todo, incluyendo guerras y trifulcas, por eso de soplar Dios?

—Ya se lo dije: el Libro nos ha traído muchos disgustos a los humanos. Porque lo de la inspiración, que nadie sabe como funciona...

—Lo sabrán los teólogos que lo han inventado.

—No, ni ellos, se lo digo yo, que los he leído. Pues ese soplo, como le decía, es necesario para que se exprese, por escrito, la palabra divina que, en resumen, no es otra cosa que ciertas *verdades* que a Dios le interesa que les interese a los creyentes.

—Dígame, ¿a qué viene tanto interés por parte de uno y otros?

—Porque son *verdades* muy importantes, tanto que de ellas depende nuestra salvación definitiva, nada menos. Y esas *verdades*, como también le decía, son diferentes para cada una de las tres religiones.

—¿Por ejemplo?

—¿Puede interesarles a los hebreos esa *verdad* que los cristianos llaman el Santísimo Misterio de la Santísima Trinidad? Pues no. Por consiguiente, Yahvé nunca habló de ello. Los musulmanes piensan lo mismo, desde luego. En realidad, a los hebreos Yahvé les reveló cuatro verdades y media. Que si era el Creador de todo lo que existe y a nosotros nos hizo a su imagen y semejanza, que si pactó una alianza con el pueblo hebreo después de elegirlo entre otros muchos

y les prometió tierra y descendencia, que si debemos ofrecerle sacrificios de animales, que es un Dios lleno de amor y misericordia, pero también es colérico y justiciero; que más que los sacrificios prefiere un corazón puro; que hay que ayudar a los huérfanos y a las viudas, y no dejar a un lado al pobre que necesite de tu ayuda, porque, y esto es lo más importante, es bueno querer a los demás como nos queremos a nosotros mismos; que si hay que dedicarle el sábado y no trabajar ese día, que si los justos serán recompensados con una descendencia larguísima. Y los diez Mandamientos, claro, que, por cierto, se pueden reducir a dos, como decía el mismísimo Jesús: Amarás a Dios con todo tu corazón y a los demás como a ti mismo.

—*Vaya, parecen más de cuatro verdades. Además, se ha olvidado usted de los ángeles y los demonios.*

—Exacto. Pero ésa es una revelación innecesaria, **es un préstamo**. Dios no creó a los ángeles, ni el infierno ni a los diablos, esas creencias formaban parte ya de la literatura religiosa pagana y judía, y la comparten otros muchos creyentes, como los musulmanes, los budistas, etc.

—*¿Dios copiaba de otros?*

—Pero hay más. Dios copiaba para los suyos algunas cosas que habían inventado otros, como el diluvio, la creación del hombre a partir del barro, el árbol de la ciencia del bien y del mal, la idea del sacrificio como reconocimiento de la soberanía divina, la poligamia, la circuncisión, los contratos de vasallaje, el más allá como encuentro feliz con la divinidad, y un largo etcétera que no le cuento para no cansarle.



—*Si todo eso es cierto...*

—Vaya, ¿lo duda? Pues cuanto le he dicho lo he sacado de las notas a pie de página de una biblia católica y apostólica. Tengo co-

mo norma inviolable el no inventarme nada. Mire, como ejemplo ejemplar, lo que se dice acerca de la muerte del gran patriarca en esa Biblia: "*Abraham fue a unirse con sus antepasados*", es una frase que se refiere a la morada de los muertos, concebida por los hebreos, antes de **la plena revelación** del más allá, como una mansión sombría de semivida".

—¿Y eso de la plena revelación?

—Pues que los cristianos, como no entienden muy bien su Biblia, lo explican diciendo que las *verdades* nos fueron reveladas poco a poco, de forma pedagógica, como el maestro explica las cosas a los niños según su edad.

—Y en aquellos tiempos, los pobres hebreos eran muy infantiles todavía para entender ciertas cosas, así que Dios tuvo que esperar a que crecieran para aclararles las cosas definitivamente.

—Eso es así para los teólogos. La poligamia, por ejemplo, es consentida en los tiempos patriarcales porque esa era la costumbre; Yahvé la aceptó y la dio por válida, jamás la cuestionó. Pero las cosas cambiaron con el paso del tiempo, y a estos cambios se les llama "revelatio plena", así, en latín.

—Vaya por Dios, ¿está usted presumiendo?

—No, hombre, no, es latín de bachillerato. Cuando Dios revela la existencia de ángeles y demonios y de otra vida tras la muerte, ese momento coincide, ¡qué coincidencia más milagrosa!, con el tiempo en que los israelitas habían aprendido tales cosas de sus pueblos vecinos, incluso de la religión de Zoroastro, cuyos últimos ramalazos aún se conservaban entre los babilonios donde los hebreos fueron deportados.

—Pero bueno, ¿y de dónde se han sacado semejante interpretación?

—Querido amigo, ¿no sabe usted, ignorante donde los haya, que los teólogos hacen encajes de bolillos para explicar lo inexplicable? Ellos leen el Libro hebreo y se encuentran con un problema: en ciertos lugares se dice que después de la muerte no hay nada más,

pero en otros se afirma que sí, que lo hay. Solución: Dios revela sus *verdades* según la situación, al principio bastaba con revelar que tras la muerte sólo está el sheol, lugar un tanto siniestro donde las almas son como zombis, pero más tarde fue necesario aclararles a los judíos que Dios les esperaba personalmente. A eso lo llaman pedagogía divina. Se lo acabo de decir.

—No puede negarse, es una solución ingeniosa.

—Luego, a los cristianos se lo reveló todo de una vez y para siempre: en Jesús el Cristo, que Dios lo tenga en su santa gloria, se cumplieron todas las promesas que el viejo Yahvé les había hecho a su pueblo elegido. Mentira, como puede usted ver si lee las Escrituras antiguas, que sólo hablan de promesas terrenales y...

—¿Pero no había usted prometido que a los cristianos no los iba a bombardear?

—Cierto, cierto. Volvamos donde estábamos.

—Compadre, íbamos por aquello de las verdades reveladas que exigen una inspiración directa de la divinidad.

—Eso es. Bueno, pues quería decirle que si examinamos la **forma en que la vieja Biblia se escribió**, toda esa historia de la inspiración—revelación se convierte en humo, ¡puff!, desaparece.

—¿Y sólo con indagar en la misma Biblia? No me lo creo.

—Pues atienda, señor incrédulo. Prepárese para escuchar una de las historias más rocambolescas acerca del modo en que se ha escrito un libro... a través de los siglos.

—¿Tanto?

—Eso dicen los biblistas, hebreos o cristianos, católicos o protestantes. Todos están de acuerdo: Si empezamos a contar desde el siglo X antes de Cristo, tiempo en el que se cree que se empezó a escribir, hasta el año 200, también antes de Cristo, en que, dicen, se escribió el último, ¡unos ochocientos años tardaron los autores humanos en redactar las Escrituras hebreas! Y eso sin contar, que no se sabe, ni se sabrá, el tiempo en que los relatos bíblicos no eran

más que cháchara al calor de la lumbre. Dicho de otro modo: la transmisión oral, cuando un anciano analfabeto, o muchos, cuya ocupación consistía en llevar rebaños de ovejas de un lado a otro, contaban historias e historietas a sus nietos sobre los tiempos antiguos de la tribu.

—Ochocientos años es mucho tiempo el que se tomó Nuestro Señor para revelarse a los humanos, me parece.

—Pero la cosa es mucho más complicada. Verá, se ha descubierto que la mayoría de los libros de la Biblia hebrea fueron escritos a trozos redactados por autores diferentes, ¡y en tiempos y lugares diferentes! Por ejemplo, los cinco libros de la Ley fueron redactados por cuatro individuos, y ninguno de ellos era Moisés, el que todos los hebreos, incluido el mismo Jesús, tomaban como el verdadero y único autor.

—Saltar de uno a cuatro es una pasada.

—A esos cuatro autores se les llamó *el yahvista*, *el elohista*, *el sacerdotal* y *el deuteronomista*. Los tres primeros escribieron los cuatro primeros libros, y el último, el Deuteronomio. Pero la verdad es que el sacerdotal fue el último en escribir. Se sorprenderá usted si le digo que éste es el que escribió el famoso principio de la Biblia: la historia de la Creación en siete días.

—Los últimos serán los primeros.

—Pasado un tiempo, alguien juntó el texto de la fuente *yahvista* con el del *elohista*, algo así como lo que hoy llamamos un editor, y ya tenemos un documento, el más antiguo, que seguro circulaba, con ayuda de los copistas, para que los piadosos lo leyeran. Pero, ¡cuidado, aquella primera Escritura empezaba con el relato de la Creación que ahora está en el capítulo segundo de Génesis! Los primitivos lectores no pudieron saber, por ejemplo, que Dios había creado también el firmamento.

—Entendido. ¿Y después qué pasó en ese trajín humano—divino?

—Pues que *el deuteronomista* resultó ser también el autor de otros seis libros, Josué, Jueces, los dos de Samuel y los dos de Reyes, que en las Biblias actuales, por cierto, van detrás del Deuteronomio.

—Qué prolífico el hombre, o quienes fuesen. ¿Pero no resulta algo pesado el estudio de todas estas extrañas vicisitudes literarias?

—Pero nos aclaran muchas cosas. Ahí tiene usted los salmos, todos metiditos en un solo libro, como si los hubiera escrito la misma persona. Pero aquí, en el libro de los salmos, ocurre igual que en toda la Escritura en su conjunto: alguien decidió juntar trozos, luego vino otro alguien y juntó otros pedazos de revelación. Dicen los entendidos que incluso el libro del profeta Abdías, que sólo tiene una página, es una combinación de piezas de dos autores. ¡Y no se olvide del famoso Isaías! Él solito tiene todo un libro con 66 capítulos, pero sólo escribió del 1 al 39. Luego, más tarde en el tiempo, quizás más de un siglo, alguien escribió una segunda parte, y, por último, otro alguien redactó la tercera. Pero no importa, estos otros dos son "isaianos", o séase, discípulos de Isaías, aunque lejanos. Y todos tan contentos.

—Muy original esa forma de escribir.

—Eso no es nada. Escuche. La narración del diluvio es en realidad el puzle de dos narraciones distintas del diluvio.

—Oiga, oiga, no creo que Nuestro Señor se entretenga en esas cosas tan humanas y livianas.

—No fue él, no sea malpensado, fue el primer editor, el que juntó al yahvista con el elohista. Se encontró con esas dos historias y, ¿qué hizo?, las recortó en trocitos y los mezcló con tal diligencia y sabiduría que nadie se dio cuenta durante siglos, y lo mismo ocurrió con otras historias. Claro que se le veía el culo, y en estos tiempos de estudiosos entrometidos todo se descubrió.

—¿Y a Dios no le importó que aquel individuo jugara con su divina Palabra?

—Quizás le sopló para que desconstruyera y volviera a construir la historia. Y no se olvide del último redactor—editor, que de todo hizo. Él fue quien dejó las Escrituras hebreas tal y como ahora se encuentran en las biblias que venden las librerías.

—¿Hay más libros por ahí?

—En la Biblia hebrea, treinta y cuatro en total.

—¿Por qué dice en la Biblia hebrea?

—Porque en las biblias católicas hay más.

—¿Y eso?

—Ya se lo contaré. De momento, observe lo que tuvo que hacer Yahvé para dirigir el rayo de su inspiración. Empezó soplando al viejecito aquel que transmitía de viva voz antiguas historias para que las contara sin error. Y no sería uno solo, por supuesto. Si no lo hubiera hecho, quienes las pusieron por escrito se habrían equivocado, o se hubiera visto obligado, Dios, a decirles que corrigieran esto o aquello, que el viejito andaba chocheando. Tal vez tuvo que soplarle a los primeros escritores para que seleccionaran lo que oían: esto no tiene relevancia, déjalo, esto otro es muy interesante, escribe.

—A Dios no le costaría mucho, pienso...

—Pero, dígame: ¿por qué se dedicó a iluminar a tanta gente de tantos lugares y épocas diferentes para que escribieran lo que quería decir cuando podía haberlo hecho a uno solo y todo de una vez? Fíjese en Alá, el Dios de los musulmanes, qué bien lo hizo: Le habló a una sola persona, el Profeta, que Dios lo tenga en su santa gloria, y cuando él murió se acabaron las revelaciones. Un solo libro, un solo autor humano.

—Los designios de Dios son inescrutables. Escribe con renglones torcidos. Punto.

—Por supuesto. Cuando algo no se puede explicar, uno escapa por la tangente a toda velocidad. Pero comprenderá que, para los humanos, una carta, misiva, mensaje, libro, o lo como quiera llamar-

lo, de tantísima importancia, redactado en una forma tan complicada, es lo menos indicado. Y ya veremos, para más complicación, que, por lo visto, a Yahvé también le interesaba que se escribieran muchas historias que nada tienen que ver con esas importantísimas *verdades*, así que el Libro acabó siendo un relato de los orígenes y desarrollo del pueblo hebreo en lugar de una misiva directa. Así que la cosa ha quedado clara: **Dios eligió el medio más enrevesado, engorroso, arriesgado y absurdo para revelar cuatro verdades que se escriben en un periquete. Por lo tanto, la Biblia hebrea no es más que una narración humana acerca de los avatares de un pueblo determinado.**

—No cante victoria, querido amigo, los teólogos seguro que tienen una explicación para todo eso.

—Délo por hecho. Pero no pueden negar que en la Palabra de Dios, en lugar de *verdades reveladas*, sólo encontramos confusiones e incertidumbres en forma de errores, contradicciones y anacronismos de difícil explicación.

—O sea, que el Libro hebreo no está nada claro.

—Si fuese claro, sobrarían tantas explicaciones, aclaraciones e interpretaciones a lo largo de los siglos, y no solo por parte de los cristianos, que los rabinos judíos también se pasaron. Y la prueba más definitiva de la falta de claridad de la Biblia es el hecho de que, dentro del judaísmo y del cristianismo, no han conseguido, después de tanto tiempo, ponerse de acuerdo totalmente en lo que dice, por lo que el dicho Libro seguirá siendo culpable de tanta controversia, arrebatos y guerras.

—Bueno, compadre, ¿hemos terminado por hoy? Ando cansado.

—Yo también. Es agotador hablar de la Biblia. Nos vemos la semana que viene. ¿Le parece?

—Sí, pero con una condición: que sea breve. Ya sabe lo que se dice: lo bueno, si breve...

—Dos veces bueno. Vale.

UNA SEMANA DESPUÉS

—¿Por dónde íbamos?

—¿Se ha relajado usted?

—Sí, vuelvo a estar en forma.

—Es que hoy le voy a dar otra paliza. ¡Esto se pone al rojo!

—Si empieza usted así, me voy.

—De eso, nada. Primera prueba interna. **Consecuencias que se derivan de la forma en que fueron escritas las Escrituras.**

—No se me ponga tan envarado, hombre, que no es para tanto.

—Se puede decir de otra forma: las Escrituras están llenas de problemas: errores, anacronismos y contradicciones que los teólogos explican buscándole cinco pies al gato.

—Los problemas aparecieron nada más empezar usted esta larguísima conversación, compadre.

—Vamos a ver. La mayor dificultad de las Escrituras está en el hecho de que se ve demasiado claramente que están redactadas por seres humanos. Por mucho que se nombre a Dios, y se le nombra casi todo el tiempo, por mucho que Dios mismo hable y hable, todo el mundo sabe que eso puede escribirlo cualquiera por su propia cuenta, inventando, quiero decir. Llamar "sagrado" a un libro así, tan humano, conlleva un alto riesgo: ¡es difícil de creer! Y más teniendo en cuenta que aquellos autores eran hijos de su tiempo y, por lo tanto, analfabetos en muchísimas cuestiones, digamos científicas.

—Hombre, si los comparamos con nosotros, salen perdiendo, desde luego.

—Ya ve, creían que el cielo era una bóveda fija donde Yahvé había puesto esas luces que vemos, que la Tierra toda está sostenida sobre una base sólida...

—¿De dónde saca usted esa información tan estrafalaria sobre las bases de la Tierra?

—¿Eso concretamente? En el libro de Job, donde Nuestro Señor habla con él y le cuenta un secreto que ningún israelita conocía: ¡cómo hizo nuestro planeta! No se olvide de que aquellos eran tiempos de ignorancia, amigo mío, no sólo de los hebreos. Las explicaciones que le daban al mundo en que vivían tenían que ser extravagantes, grotescas, incluso cómicas. Tenga en cuenta que aquellas criaturas eran analfabetos en astronomía, geología, etc. El Sol se mueve alrededor de la Tierra, decían, el mar superior está encerrado con una doble puerta y tiene ventanas por donde Dios deja caer la lluvia. Y las supersticiones abundaban: el parto, la regla, el derrame seminal masculino, la lepra, los cadáveres, etc, dejan a las personas impuras, y a cuanto tocan, sea una silla o una toalla. Creían en la existencia de monstruos primigenios, de gigantes, de genios que vivían en los desiertos, de muertos que aparecían al ser llamados...

—Para usted de contar, amigo, no me atosigue.

—Y como todo esto está en la Biblia hebrea y nadie puede negarlo, si usted es creyente debe admitir que Dios, al escribir, y lo digo así porque se dice que es el autor principal, se vio obligado a admitir toda la farragosa y estúpida ignorancia de aquellos tiempos. Lo cual no es ningún inconveniente si Dios Nuestro Señor hubiera escrito exclusivamente para los hebreos de aquella época, pero cuando se empeñan en que las Escrituras son para siempre y toda clase de gente, nos están tratando de tontos.

—Lo sé, pero a mí me importa un pimiento.

—Así pues, nuestros teólogos tuvieron que buscar y rebuscar una explicación a ese exceso de humanidad.

—¡Por fin entramos en materia, ya era hora!

—Se trata de una afirmación que resultó muy comprometida: Dios se valió de los humanos *respetando* su cultura, su psicología, su nivel de conocimientos...

—Ahora caigo. ¡Qué solución más ingeniosa, demonios!

—Por supuesto que los teólogos no podían probar esa afirmación acerca del "respeto" que Yahvé sentía por los autores de su Libro...

—Bueno, amigo, ya sabemos que los teólogos nunca prueban nada, sólo emiten juicios, y quien quiera, que los crea.

—Pero daban por supuesto que era cierta, y de esta forma podían interpretar todas las Escrituras, incluidas las cristianas. ¿Que el autor humano creía en los demonios? Pues bien, Dios certifica, respetando al amanuense, que tal idea es verdadera. ¿Qué el amanuense se equivoca diciendo que la luz fue creada antes que el Sol? No importa, Dios hace suyos los errores del escritor humano porque *debe respetarlo*. Al revelar, Dios tiene unos límites que se ha impuesto él mismo, por lo que veo.

—¡Que raro, una divinidad que se impone limitaciones! ¿Deja en suspenso sus poderes? ¿Puede hacerlo?

—No me importune usted con esas preguntas, hágaselas a los teólogos. Los creyentes tienen un conocimiento de los entresijos de la divinidad tan exhaustivo, que ellos sí que deben comunicarse con ella de forma directa. Lo que ocurre es que algunas cosas son difíciles de explicar por muchas vueltas que se le den.

—Eso ocurre a menudo en este mundo nuestro, amigo mío.

—Por supuesto, pero tratándose de un libro que se pretende "divino" las consecuencias no son moco de pavo. ¿Le he dicho algo sobre los anacronismos que encierra ese Libro?

—Todavía no, pero mucho me temo que va usted a empezar de un momento a otro.

—Se lo voy a resumir. Verá. En los tiempos de los patriarcas y de la conquista de Canaán, por ejemplo, se habla de ciudades y pobla-

ciones extranjeras que no se desarrollaron hasta varios siglos más tarde.

—¿Y cómo se sabe tal cosa?

—Por los testimonios históricos asirios y por la arqueología, amigo mío. Los filisteos no se habían asentado aún en la costa, ni los quedaritas habían aparecido cuando lo cuenta la Biblia. Otro tanto ocurre con los edomitas y otras comunidades. ¿Recuerda usted la famosa toma de Jericó, cuando se vinieron abajo sus murallas al son de las trompetas hebreas? Pues ahora, la arqueología ha demostrado que en aquellos tiempos Jericó no era más que un puñado de ruinas, de manera que de murallas, nada. Y ya son famosos los anacronismos de los camellos de carga y el transporte de goma, bálsamo y mirra de la historia de José, siendo así que aquellos animales no fueron domesticados hasta mucho tiempo después y esos cargamentos no se encuentran hasta el siglo VIII y VII en el lucrativo comercio árabe.

—Seguro que hay más.

—Por supuesto. Pero estas historias tienen una explicación muy sencilla: todo apunta a que fueron escritas precisamente en el siglo VII antes de Cristo durante la gran reforma religiosa que emprendió el rey Josías, como cuenta la Biblia. Otro tanto puede decirse de las extraordinarias vidas de David y Salomón: estos reyes existieron, indudablemente, pero Jerusalén, en el siglo X, no era más que un pueblo, y Judá, una veintena de pueblecitos con un total de unos pocos miles de habitantes según han mostrado los trabajos arqueológicos, y es muy, pero que muy improbable, que de un lugar así alga un caudillo que conquista todo el país. ¿Cómo pudieron David y Salomón reunir un ejército y adiestrarlo en un lugar así? Los arqueólogos no han encontrado ni un testimonio de las conquistas de David ni siquiera del famoso Templo de Salomón construido por voluntad divina. Éste es un anacronismo muy singular: quienes escribieron la Biblia hebrea idealizaron aquella época, alrededor del siglo X, inventando conquistas y riquezas que nunca existieron. Ni en Egipto ni en

Mesopotamia se ha encontrado referencias a las conquistas y riquezas de estos reyes.

—Entonces, ¿nada de nada?

—En realidad, quienes disfrutaron de un verdadero Estado político bien desarrollado fueron los hebreos del Norte, los israelitas. Pero la Biblia hebrea reduce aquellos reyes a viles gobernantes porque, sencillamente, no hicieron lo que agrada a Yahvé.

—Pero si también eran hebreos, o sea elegidos, ¿por qué hablan tan mal de ellos?

—Acaba usted de hacer la pregunta correcta. El caso es que las historias de los reyes, los del Norte y los del Sur, fueron escritas por gente de Judá, empeñados en demostrar que ellos eran mejores, recuerde lo de David y Salomón, a base de desacreditar a sus vecinos.

—Líos de familia, lisa y llanamente líos de familia.

—Sí, pero esta explicación no es tan simple. Los autores del Libro eran todos ellos personas muy religiosas que estaban decididos a confirmar a Yahvé como única divinidad para todo el pueblo.

—Pero eso ya era un hecho desde hacía mucho tiempo, según tengo entendido.

—Esa es la impresión que los autores quieren dar, pero lo cierto es que el pueblo hebreo sacrificaba a otros dioses al mismo tiempo que a Yahvé.

—¿De dónde se ha sacado usted esa afirmación, querido amigo? No creo que la Biblia...

—Pues créalo. La misma Biblia lo dice. Lea, lea usted el famoso Libro, compadre. Y esa fue la razón de que la reforma de Josías consistiera, principalmente, en destruir los "altos" y pequeños santuarios de todo su reino. Y esa fue la razón de que los reyes que no hacían lo que agrada a Yahvé recibieran esos varapalos, incluso aunque fuesen del Sur, de Judá.

—O sea, que al final lo lograron.

—Por supuesto. Fue entonces cuando realmente nació el mono-teísmo, fíjese qué cosas, aunque no sucedió de la noche a la mañana.

—Me está usted ilustrando, compadre. Ahora comprendo lo ignaro que he sido toda mi vida, y le estoy encontrando un cierto gustillo a seguir aprendiendo. Bueno, siempre que no se me pase.

—Vale, no me pasaré, pero aún nos queda hablar de las contradicciones.

—¿Me resume, por favor?

—Bueno, no son cosas importantes si esa obra fuese exclusivamente humana. En realidad, desde este último punto de vista todo se explica fácilmente, pero si el autor es una divinidad, es incomprendible e inaceptable. Y lo es, señor mío, porque la Biblia, por ser inspirada, no puede contener ningún error.

—Pero, ¿cuáles son? Dígalo de una vez.

—Pongamos la historia del diluvio, por ejemplo. El yahvista dice que Noé tomó siete parejas de animales puros y una de animales impuros, pero el sacerdotal afirma que tomó una pareja de cada clase de animal. El sacerdotal cuenta que el diluvio duró un año, el yahvista que sólo 40 días y 40 noches. Noé echó un cuervo al aire para ver si había escampado, dice uno, pero el otro afirma que lo que soltó fue una paloma. Y todo esto sin salir de la misma historia, puesto que se juntaron en forma de puzle. Aparte de eso, el dicho yahvista, como el elohista y el deuteronomista, hablan de un Dios con fuertes rasgos antropomorfos: tiene figura humana, practica la alfarería, pasea por el Jardín y se escuchan sus pasos, cierra la puerta del arca de Noé, se arrepiente de haber hecho algo, aspira el aroma del sacrificio que Noé le ofrece... Para el sacerdotal, Dios es un ser trascendente, controlador del cosmos, está mucho más allá de la misma creación.

—¿Ve usted? Cada autor va a lo suyo en su forma de concebir a la divinidad, y Dios las respeta todas.

—¿De veras? Pero, entonces, no ha tenido necesidad de inspirarle lo que debe contar. En qué quedamos, ¿Dios inspira a uno para que lo describa a él como una divinidad muy parecida a un ser humano y luego le dice a otro que lo describa como un ser trascendente, o es que esos escritores pensaban así por su propia cuenta y Dios sólo tuvo que impulsarles a decirlo? Y en todo caso, ¿es que le daba lo mismo que los humanos hablaran de él en dos formas totalmente distintas? ¡Y no hemos hecho más que empezar!

—No, por favor.

—¿Por qué en un sitio de la Biblia se dice que los pecados de los padres los pagarán los hijos hasta la tercera generación y en otro lugar se afirma que cada uno pagará por sus propios pecados? ¿Por qué un escritor dice que la ciudad de Siquem fue comprada y otro dice que fue masacrada? ¿Por qué hay una historia en la que el primer sumo sacerdote del pueblo hebreo, el famoso Aarón, comete un acto de herejía y Dios se llena de ira contra él, pero no lo castiga? ¿Por qué al monte de las tablas uno lo llama Horeb y el otro Sinaí? ¿Eran el mismo con dos nombres diferentes o eran dos montes distintos? ¿Por qué la serpiente tentadora no era en Génesis más que un bicho del campo, parlanchín, pero animal, mientras que en el libro llamado Sabiduría se convierte en el demonio? ¡Y Sabiduría se escribió varios siglos más tarde!

—Compadre, ¿no era el tentador en el libro del Génesis?

—No señor, no lo era. Ahí se dice textualmente: "La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que Yahvé Dios había hecho". Y catorce versículos más adelante lo repite: "Entonces Yahvé dijo a la serpiente: Por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias del campo". ¿Se da cuenta?

—Pobre serpiente.

—Y no sólo eso. En el mismo Génesis, cuando Dios maldice al reptil entremetido, le espeta sin pensárselo dos veces: "Sobre tu vientre caminarás y polvo comerás todos los días de tu vida". ¿Ha

visto usted alguna vez a un demonio arrastrándose por el suelo y comiendo tierra?

—Lo de comer tierra es lo que me tiene desconcertado, ¿comen polvo del suelo los ofidios?

—Quite, amigo, el autor de Sabiduría era un analfabeto en zoología. Y sigo. ¿Por qué en un texto más tardío se dice que nuestros primeros padres fueron creados a imagen de Dios mientras que el primero que escribió esa historia no lo dice, con lo importante que resultó ser la cuestión para la posteridad hebrea y cristiana? Y escuche. En el libro de Levítico, hay once capítulos dedicados a explicar cómo deben hacerse los sacrificios, todo puesto en la mismísima boca de Dios, y se repite o se añade en Números y Deuteronomio. Incluso hay un resumen, Palabra de Dios, que lo aclara rotundamente: "Esta es la ley del holocausto, de la oblación, del sacrificio por el pecado, de sacrificio de reparación, del sacrificio de investidura y del sacrificio de comunión, que Yahvé prescribió a Moisés en el monte Sináí". ¿Entendido?

—Sí, hombre, sí, es muy fácil.

—¡Y en otro lugar de la Biblia, al profeta Jeremías le dice: "Que cuando yo saqué a vuestros padres del país de Egipto, no les hablé ni les mandé nada tocante a holocaustos y sacrificios"!

—Un despiste del profeta, supongo.

—Es el cuento de nunca acabar. ¿Le parece que puede haber algo más disparatado que la historia de Caín, que nada más salir corriendo de donde estaba, por haber matado a su hermano, tuvo relaciones con su mujer y dio a luz a un niño y luego construyó nada menos que una ciudad, y cuando se dice que a Set, tercer descendiente de los primeros padres, le nació un hijo? ¿Cómo pudieron ser padres cuando aún no existían las mujeres? ¿O por qué Dios le dice a David que haga un censo y en otro lugar resulta que fue el diablo Satanás quien se lo dijo? ¿Cómo es que en un lugar de la Biblia se dice que Ocozías tenía veintidós años cuando comenzó a reinar y en otro que no, que tenía ya cuarenta y dos? El dios Yahvé le pre-

gunta a Caín: ¿dónde está tu hermano?, porque lo único que sabía es que estaba oliendo su sangre. ¡Qué Dios que no sabe dónde se esconde la gente, a pesar de que no había más que cuatro personas, y una de ellas, muerta. Además, en varias ocasiones se arrepiente de haber hecho algo o perdona un pecado de su pueblo en el desierto y a continuación lo castiga... Pero hay mucho más.

—¿Como cuánto?

—Como para estar más de una hora sólo haciendo una simple enumeración. Así que no más le voy a contar los casos más reveladores. Ya le relaté aquello de que los hebreos antiguos no sabían nada del Cielo ni del Infierno. En la Biblia hebrea sólo se habla de que los premios se conceden en este mundo, en vida, y el mejor premio que obtenían los justos consistía en una descendencia numerosa, mire lo que le dijo a Abraham.

Sólo mucho más tarde, cuando casi está a punto de aparecer Jesucristo, que Dios lo tenga en su santa gloria, se habla del más allá. **Hasta ese momento, durante siglos, sólo existía el más acá.** Prohíbe la magia so pena de muerte, pero él mismo ordena un acto mágico con la sorprendente historia de la vaca roja, y no sólo esa. Se dice que a Dios nadie lo puede ver porque puede morir, incluso lo repite la primera carta de Juan rotundamente:

"Nadie ha visto jamás a Dios", pero, ¡ay!, también se dice que Moisés lo vio cara a cara, como habla cualquiera a su compañero, aunque en otro lugar Moisés sólo puede ver sus



Lo que vio Moisés en Dios

espaldas, porque le está prohibido ver su cara, o dicen que lo vio Isaías en lo alto de un trono, incluso el famoso Job. ¿En qué quedamos? Pero lo más incomprensible es aquello de que Nuestro Se-

ñor ponga a prueba a lo éste o aquél para ver si hace esto o no lo hace, como cuando le pide a Abraham que le sacrifique a su hijo Isaac. ¿Acaso no sabía Dios que el patriarca le iba a obedecer sin rechistar? ¿Perdía Yahvé momentáneamente la visión del futuro?

—No me sea malévolo, compadre. Dígamelo usted.

—Lea, lea las Escrituras. Y busque, escudriñe, indague, eso que tanta falta les hace a los cristianos y a los hebreos.

—Pues que lo hagan ellos.

—Exactamente. Pero no lo hacen. **¿Sabe lo que hacen los creyentes de todos los credos?**

—Usted es el perito.

—Los creyentes, envueltos en una atmósfera de fe tan firme que no necesitan salir fuera de ella misma, leen las Escrituras con el fervor de un adepto que bebe el agua de una fuente divina forzosamente pura por su origen. No necesitan analizarlas en un laboratorio. Para ellos, todas las piezas encajan tan perfectamente que forman un conjunto sólido y armónico, una soberbia construcción sin fisuras ni chafarrinadas, de tanta pulcritud que proclama a voces su origen sobrenatural.

—Linda le ha salido la parrafada, sí señor.

—¿Ve lo que quiero decir? Para ellos, el Libro es como un monolito caído del Cielo, con mayúsculas. Quiero decir, por supuesto, enviado por Dios. Se toca con temor y reverencia, se mira con ojos piadosos, se coloca en un lugar exclusivo, se espera que nos dé fortaleza para hacer la voluntad divina y consuelo ante las adversidades de esta vida nuestra. Si tiene alguna fisura, algún tizne, un desconche, una mugre, un rasponazo, una magulladura, un rasguño, nada de eso importa, si es divina hay que aceptarla tal cual y no debemos inmiscuirnos en los designios y decisiones de la divinidad. Se buscan explicaciones... ¡y se encuentran! Tienen respuestas para todo, porque han analizado el monolito con lupa, con escáner y hasta con microscopio electrónico.

—Tiene usted que reconocer que eso es una faena digna de elogio.

—¡Por supuesto! ¡Llevan siglos, tanto los israelitas como los cristianos, desmenuzándolo al milímetro! Ya se lo dije hace una semana: esto es una prueba de que el viejo Libro no está claro para nosotros.

—Pero los teólogos siguen en sus trece buscando respuestas.

—Tendría usted que leer esas respuestas para darse cuenta de cómo la fe despabila la imaginación. Son verdaderos malabaristas, hacen encaje de bolillos con las palabras.

—Lo que no es nada difícil. Pero dígame: ¿usted no está haciendo también encaje de bolillos con estas disertaciones?

—Usted verá, compadre. Yo le leo la Escritura. Es una traducción al castellano, pero avalada por sabios judíos y por la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Ahí están las palabras de Dios, no he inventado, imaginado, simulado, desfigurado ni falseado nada. Usted mismo puede verlo.

—Le he dicho que no, que no me apetece leer ese libro tan gordo.

—Lo único que he dicho y seguiré diciendo hasta que me muera, es que lo que creían un monolito divino, si se fijan bien, no es más que una talla construida por humanos con ladrillos y argamasa. Que la hayan confundido con una especie de meteorito enviado por Dios, es la estupidez más grande que ha cometido la humanidad. Porque no se trata sólo de hebreos y cristianos, sino de casi todas las religiones.

—¿El Corán, por ejemplo?

—Y los Vedas y el Baghavad Gita de la India, y el Avesta de Zoroastro, y el Popol—Vuh de los mayas, y el Tao Te King, y los 5 libros de Confucio, y el Kalivala, y los Upanishads, y el Libro de los Muertos tibetano, y el Libro de los Muertos egipcio...

—Vale, vale.

—No, que todavía me queda el Libro de Mormón de Joseph Smith, a mediados del siglo XIX. Éste buen hombre sí que vio el monolito en todo su esplendor: unas tablillas de oro que le entregó un ángel y donde estaba escrita la doctrina mormónica. Después que el señor Smith, que Dios lo tenga en su santa gloria, tradujo la cosa, el ángel volvió y se llevó las tablillas. ¡Toma ya, qué oportuno el ángel!

—Quiero recordar que el Profeta Muhammad, que Dios tenga en su santa gloria, también recibió la visita de un ángel.

—¡Oh, sí, un ángel gigantesco! Muhammad no tuvo que traducir, porque el ángel se lo decía todo en árabe, igual que a los hebreos les soplaban en hebreo y/o arameo, que Dios es políglota. Y puesto que hablamos de libros sagrados, permítame que...

—¡No! ¿Pero no hemos acabado?

—Bueno, descansemos hasta la semana que viene. ¿Le parece? ¡Y no me falte, que hablaremos del canon!

OTRA SEMANA DESPUÉS

—Sólo cuatro palabras sobre el canon, como le dije.

—¿El canon? ¿Va de algo complicado?

—No, hombre, no. El canon de una religión se refiere al repertorio de libros reconocidos como procedentes de la divinidad.

—¿Quiere decir que cada religión tiene su canon?

—Por supuesto, hasta los budistas lo tienen, y eso que Buda no era muy religioso precisamente.

—Pero no me irá usted a endilgar la lista de todos los cánones que hay en este dilatado mundo, ¿verdad?

—Estamos hablando de las Escrituras hebreas, así que dejaremos todo lo demás, incluso el canon cristiano.

—Me alivio. Dígame.

—Hemos dicho, ¿o no lo hemos dicho?, creo que sí, que los libros hebreos son treinta y nueve.

—Sí, hombre, sí, incluso me dijo que los cristianos eran más.

—Eso es. Buena memoria. Pero **la historia del canon hebreo, como la de todos los cánones que en el mundo han sido, es una prueba más de que las Escrituras no tienen nada que ver con ninguna divinidad.**

—¿Interna o externa?

—¿Cómo?

—Que si es una prueba extrínseca o intrínseca, compadre; que anda usted una pizca despistadote.

—Externa, claro, ¿no se había dado cuenta? No se refiere a nada que esté dentro de esos libros, sino a algo que está fuera de ellos.

—¿Y de qué se trata eso que está por ahí fuera?

—No me sea melindroso, amigo, ¿de qué se va a tratar? Pues de gente como usted y yo que decidió afirmar rotundamente "éste sí, éste no" refiriéndose a los libros recibidos por la tradición.

—¿Así, por las buenas?

—Claro que no, el proceso llevó mucho tiempo. Los escritores hebreos ni siquiera sabían que estaban sopladados por el Espíritu Santo. Más adelante, cuando la gente comenzó a leer, los que aprendieron, que no debían ser muchos por aquellos tiempos, comenzaron a sacarle gusto a la lectura de historias tan interesantes y fantásticas a base de epopeyas e intervenciones milagrosas, todas ellas referidas a sus antepasados, algo que les subía la autoestima hasta casi reventarles el ego.

—Por supuesto. Si me encontrase una carta en la que se me elogiara más allá de lo normal, la besaría y la pondría en un lugar especial, bien a la vista de todo el mundo, para que se enterasen.

—Poquito a poco, aquel regodeo se fue convirtiendo en respetuosa devoción. Un poco más, y los lectores pasaron a venerar los viejos escritos.

—Otro pasito más y...

—¡Vualá! Ya tenemos un texto santo, porque, como todo el mundo sabe, y bien dice el diccionario, veneración es un respeto en grado sumo a una persona por su santidad, dignidad o grandes virtudes o a un objeto por lo que representa o recuerda.

—Y de *santo*, pasó a ser *sagrado*.

—Y de *sagrado*, pasó a ser nada menos que ¡*divino*!

—Pero habría algo más, vamos, pienso yo.

—Démoslo por supuesto. Acuérdesse usted de la liturgia, amigo mío, que en aquellos tiempos perdidos en la Historia consistía en la intervención de un sabio o de un sacerdote, especialmente sacerdotes, que en todas las religiones han llevado la batuta, que reunía a la gente para leerles aquellos Escritos que ya tengo que escribir con mayúscula.

—Óigame, compadre, lo más probable es que los curas de aquellos tiempos fueran los únicos que sabían leer y escribir, así que en esas reuniones es donde comenzó la historia hipotética que usted me ha contado, desde el regusto de escucharlos hasta la divinización de los Escritos.

—Muy oportuno su inciso, amigo mío.

—Gracias. Con tan buen maestro...

—Déjese de mofas y befas, que perdemos el tiempo. Pero bien dice usted, porque lo cierto es que el futuro canon se formó con los libros más venerados, los más santos, no sólo porque así le pareciera al sacerdote, sino porque así le parecía, también, a la comunidad.

—En ese trajimaneje, vaya usted a saber quién influía en quién.

—Puede que la influencia fuese recíproca. Sólo estamos conjeturando. Lo único cierto y segurísimo, tan seguro como que nos tenemos que morir, es que Dios no dijo nunca *"éste, ése y aquél son los libros que yo les he soplado a los amanuenses"*, en vista de lo cual, los pobrecitos hebreos, clérigos y gente del vulgo, se vieron obligados a decidir por su cuenta, y así, con aquello de *"éste es muy lindo, aquél me une más al Santo, miren qué versos tan inspirados, ése no me dice gran cosa, algo sí, pero casi nada"*, etc, etc, se fijó el canon definitivo. La trayectoria es idéntica en todas las religiones.

—Como si se copiaran las unas a las otras. Es más económico, amigo, debe reconocerlo.

—Entre paréntesis: Alguno hubo que se fabricó su propio canon, como aquel Marción de los primeros tiempos del cristianismo. Y acabado el paréntesis, bien cortito, como ve, fíjese ahora en que estas cosas que andamos especulando son las mismas que dicen los creyentes. Le he traído un papelillo con un párrafo de un cristiano muy bien informado. Le leo: **"De hecho, las autoridades religiosas no han hecho más que oficializar el texto que la comunidad de los creyentes, por implícito consenso, ha considerado el mejor, el que más fielmente representa la inspiración divina"**. Y si no se fía usted de los cristianos "separados", que tal era el autor de la frase que le he leído, escuche a un católico de esos super—persuadidos: **"Si tal autor y su libro están inspirados, es también porque fueron reconocidos como tales por la comunidad y sobre todo por los que, en último término, organizaron y dieron el último toque a la Biblia"**. La cita no tiene el más mínimo desperdicio.

—Más claro no puede estar, desde luego: Los creyentes organizan su canon con su propio criterio y deciden cuáles entran y cuáles no.

—Y cuáles no, efectivamente. Observe usted: el libro de los Proverbios estuvo un tiempo en una situación dudosa, ¿lo ponemos como sagrado, no lo ponemos, esperamos, qué dice la gente, y los sabios? Al final lo admitieron.

—A lo mejor lo echaron a cara y cruz.

—No hubiera estado mal, al fin y al cabo Dios puede hablar también mediante una moneda.

—Compadre, ¿y cómo sabe usted tal cosa?

—Porque lo dice la Escritura. No dice una moneda, pero sí unos palillos que iban marcados, o algo así. Los reyes consultaban a Yahvé de esa forma. Los paganos consultaban a sus dioses mirando el hígado de un gallo destripado, o la dirección de viento, y qué sé yo. Los hebreos también tonteaban con esas corrupciones intelectuales.

—¡Joder, qué vocabulario! A veces me deja anonadado.

—Vale, vale, sigamos. Hay siete libros que los hebreos no creyeron inspirados, ni luego los protestantes, pero a los cristianos les gustaron. Los dos libros de los Macabeos, por ejemplo, ¿son palabra de Dios? Depende. Los católicos dicen que sí, pero hebreos y protestantes afirman que no. Otro tanto sucede con los libros de Tobías, Judit, Sabiduría, Eclesiástico y Baruc.

—Un momento, un momento, algún motivo tendrán unos y otros para afirmar esto sí, aquello no.

—Tienen que recurrir a que si fueron escritos en hebreo y no en griego, que si la mayoría estaba de acuerdo o no, que si eran o no muy utilizados, y algunas cosas más por el estilo. Para empezar, tenemos una Biblia hebrea muy antigua escrita en griego. Bueno, traducida del hebreo, para ser más exactos. Se la llama Los Setenta.

—Qué nombre más curioso.

—Una antigua leyenda decía que setenta sabios judíos se habían reunido de diversos lugares, seis de cada tribu, para hacer la traducción...

—Pero, bueno, ¿es que no tenían bastante con sus escritos en hebreo?

—No sea quisquilloso, lo que ocurría es que los israelitas fueron invadidos por los griegos de Alejandro el Grande y acabaron por hablar en griego y olvidar el hebreo, especialmente los que vivían huidos a otros países, como Egipto, y así no tenían modo de leer las Escrituras. La traducción se hizo para ellos.

—Muy comprensible. Estaban en todo.

—Pero las cosas se complicaron. Se trataba de una leyenda, pero la realidad es que, efectivamente, esa traducción se hizo antes de que naciera Jesucristo, pero a los judíos no les hizo mucha gracia.

—¿Y eso?

—La primera traducción se inspiró en un texto hebreo que a los doctores judíos no les gustaba. La traducción de los profetas contienen contradicciones, algunas partes están abreviadas y otras se tradujeron muy libremente. Pero, admírese, a pesar de ello, los judíos helenizados y después los cristianos la usaron con toda naturalidad, tanto, que los judíos de Palestina se llevaron un disgusto y empezaron a pasar de Los Setenta.

—O sea, que no eran sagrados, santos, inefables, inspirados, etc.

—Para los hebreos, no. En Los Setenta había cuatro libros dedicados a los Macabeos, pero sólo entraron dos en el canon ese. Había cuatro libros de Esdras, pero sólo entró uno como soplado. Había un libro de poesía, las Odas, y otro llamado Salmos de Salomón, y los dos fueron rechazados por todos, incluidos los cristianos.

—Poco éxito tuvieron aquellos setenta sabios con su traducción al griego, después de tanto trabajo.

—Todo es relativo, amigo mío. Para los cristianos fue un milagro tener en griego a los profetas, que hablaban de Jesús el Cristo como si lo hubiesen conocido en persona.

—Venga ya, compadre, no me tome el pelo.

—No digo yo que lo hicieran, evidentemente, sino que los escribas de la biblia cristiana lo creyeron así. Menuda liaron con aquello

de las profecías. Pero bueno, vamos a dejar estas apostillas laterales y sigamos con lo nuestro. ¿Por dónde íbamos?

—¿Me lo pregunta a mí, que ando más que embrollado y ya he perdido el hilo?

—No se atosigue, amigo, que ya lo tengo. Hablamos del canon judío, pero aún no le he contado el final. ¿Ha estado alguna vez en Israel?

—No sé a qué viene la pregunta, pero, no, nunca estuve allí porque no es un lugar pacífico.

—Hay, no muy lejos de Jerusalén y casi a la orilla del mar, no del Muerto, sino del Mediterráneo, una ciudad llamada Yavneh, que parece ser la misma que en la antigüedad se llamaba Jamnia. Fue en ese lugar, a final del siglo primero de nuestra era, o sea, muerto ya Cristo, que Dios lo tenga en su santa gloria, cuando los sabios hebreos decidieron decir, de una vez por todas, qué libros debían entrar en el canon y cuáles no. Y desde entonces, ese es el definitivo.

—Si empezamos a contar desde que se escribieron los primeros textos, ¡habían pasado más de mil años!

—Más de mil años para que se quedara claro en qué papiros y pergaminos estaban escritas las palabras divinas. Y en cuáles no. Menos mal que otros muchos libros se perdieron para siempre y sólo nos quedan sus títulos, que si no, Dios sabe si este embrollo no hubiera sido más endemoniado, con perdón. Y así termina, compadre, la disparatada historia del canon hebreo, quiero decir de la mayoría de los hebreos, que por ahí andan otros, como los de Etiopía, que tienen otro canon diferente, y, fíjese qué cosas, ¡idéntico al de los católicos! Pero me estanco aquí, que se me hace que anda usted algo fatigadillo.

—Un algo sí, lo reconozco. Y aunque sigo sin comprender por qué razón se enzarza usted en estos berenjenales piadosos, lo emplazo para la semana que viene. Que será la última, presiento.

—Presiente bien, amigo.

—Pues eso.

LA ÚLTIMA SEMANA

—¿Dónde cree usted que están **las supuestas "verdades" reveladas por Dios** a los hebreos?

—Usted se pregunta, usted se contesta. Como Juan Palomo.

—Parece más bien como de Pero Grullo, porque no pueden estar en otro sitio que en las Escrituras, pero no es vano preguntarlo si se atiende al significado religioso de "verdad" revelada. Hay que distinguir, amigo mío. Veamos un ejemplo, el episodio de Dina, hija de Jacob, raptada por un príncipe de Siquem que se enamoró perdidamente de ella y la poseyó. De la tal Dina, la Biblia no dice más, así que nos quedamos sin saber si lo pasó bien, o no, en la cama con el muchacho. El caso es que el tal príncipe y su padre, el rey, fueron a ver a Jacob y su familia para formalizar la boda y hacerse todos amigos. Los hijos de Jacob dijeron que sí, pero que tenían que circuncidarse, que no lo estaban. Papá y el mozo lo hicieron en seguida, y cuando estaban todos juntos en Siquem, Simón y Leví, hijos de Jacob, asesinaron a todos los varones y saquearon la ciudad, recogieron a Dina y se la llevaron. Y colorín colorado. Dígame, ¿se le ocurre que esta historia contiene alguna "verdad" inspirada por Dios?

—¿No seáis tan bestias como los hijos de Jacob, quizás? ¿O tal vez dejad que los jóvenes disfruten del sexo?

—Pues no. La salvaje historia se cuenta y punto. No tiene moraleja, así que Dios no quiso decir nada con ella. ¿Y qué le parecen las

dos hijas de Lot, que emborracharon a su papito para que no se diera cuenta de que las estaba penetrando, porque vivían en una cueva los tres y no había hombres por allí que le dieran descendencia? ¿Se inventó Dios mismo estas historias y se las inspiró al humano que las escribió, o fue el humano el que se limitó a contar un cuento, no muy agradable, por cierto, y Dios le dio el visto bueno para que lo escribiera? Porque lo mire como lo mire, el caso es que TODO lo que dice la Escritura ha sido soplado divinamente según los creyentes.

—A ver si lo he cogido. Usted cree que lo de Dina y las hijas de Lot está de más, sobran, son farfolla.

—Si se trata no más que de literatura, no lo es, porque a un escritor le damos licencia para que cuente exquisiteces o bodrios, allá ellos. ¡Pero estamos hablando de Dios que sopla!

—¿Y por qué razón a Nuestro Señor no se le puede ocurrir ser, a veces, simplemente un literato?

—Ya le dije que no tengo respuestas respecto a los entresijos mentales divinos, si es que Dios los tiene, porque siendo inefable, espiritual, trascendente y todo eso, a lo mejor, o a lo peor, carece de cosas tan humanas. Sólo me concierne lo que dicen los creyentes: las Escrituras sagradas porque contienen verdades reveladas por Dios a la humanidad.

—Vale, vale. Tenga la bondad de continuar.

—Ahora tome usted el ejemplo que le puse de Dina y las hijas de Lot multiplíquelo y multiplíquelo. Cualquiera que lea esos libros encontrará mucha de esa farfolla religiosa. Narraciones de los primeros fundadores, historias familiares aderezadas con trifulcas, engaños y mentiras, felices matrimonios, fornicaciones extraterritoriales, matanzas guerreras de mujeres y niños, sangrientas luchas por el poder, escaramuzas y batallas entre dos pueblos hermanos, guerras para contener a invasores egipcios, asirios, babilonios, griegos, crónicas reales, enjambres de normas y leyes, consideraciones filosóficas...



David mató a Goliat. Palabra de Dios

—¿La mayor parte tal vez?

—Casi todo. Tenga usted en cuenta que es un libro escrito para el pueblo judío.

—Pongamos un poco de orden, si le parece, claro. Me dice usted que las Escrituras son un compendio de cosas

diversas y que, en realidad, las *verdades* reveladas son una minoría, que no hacía falta tanto libro, con tantísimas páginas, para que Dios nos dijera lo que quería. ¿Vale?

—Eso es.

—Entonces volvemos al principio: las cuatro verdades que usted contó, aunque resultaron algo más.

—Cada quisque que lea el Libro hebreo encontrará las verdades que le dé la gana. Oiga esto: ¡los cristianos encuentran en él un anticipo del Misterioso Misterio de la Santísima Trinidad! Lo cierto es que con la Biblia en la mano podemos confirmar, bajo palabra divina, cualquier cosa que se nos ocurra.

FINAL

Estimado amigo:

Siento que no pueda usted salir de casa en una temporada a causa de ese estúpido accidente. Aunque dicen que nadie escarmienta en cabeza ajena, en adelante tendré mucho cuidado cuando cruce un paso de cebrá, andan muchos locos por ahí al volante. Pero usted es joven, así que esos huesos rotos se recompondrán y su pie quedará como nuevo.

Le escribo para acabar de una vez nuestra conversación, aunque espero que nos veamos más adelante para charlar de nuevo, pero, ¡no de historias bíblicas!

Sólo un breve resumen, porque un maestro, si no hace más que disertar y disertar y a la postre no lo sintetiza, se expone a que sus palabras se las lleve el viento en terrible confusión, como las hojas del otoño.

Uno, por decir algo. La enrevesada forma en que fueron redactadas las viejas Escrituras es una prueba contundente de que no son obra de Dios.

Dos. Tampoco puede ser divina una obra que contiene falsedades, contradicciones, anacronismos, préstamos de otras creencias, etc.

Tres. La manera en que se formó el canon hebreo, y dígame otro tanto del cristiano, prueba que la sacralidad de ese Libro es pura decisión humana.

Cuatro. Las pretendidas verdades reveladas están incrustadas en el relato de epopeyas, crónicas, guerras, etc, que nada tienen que

ver con ellas, lo que demuestra su carácter puramente humano. El contenido, pues, está dirigido exclusivamente al pueblo hebreo.

Cinco. El hecho de que, durante siglos, los creyentes se hayan visto obligados a analizar ese Libro para entenderlo mejor, muestra que no es divino. Solo los escritos humanos necesitan de exegetas y hermeneutas, especialistas en interpretación de textos. La divinidad, de existir, lo hubiese redactado de una forma totalmente comprensible, lo exigía la importancia del mismo pretendido mensaje.

—Ay, papito —lloraba un creyente confundido— con lo fácil que te era ponerlo todo en un A5, lo más importante no más, veinte palabras justitas, bien pensadas, y escrito en román paladino, en el que suele el pueblo hablar a su vecino...

Y seis. Y por último, como usted mismo decía, querido amigo, sólo tenemos que desafiar a los cristianos a que prueben, con argumentos razonables y racionales, que la Biblia es un texto "sagrado", divino. La única prueba que tienen es que "la Biblia es sagrada porque lo dice la Biblia". Ya ve.

Y ahora, sí; ahorita hemos terminado.

Póngase bueno pronto.

—ooOoo—

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
www.omegalfa.es